

ULISES Y EL CÍCLOPE

Cuenta una antigua historia griega que Ulises, rey de Ítaca, tras participar en la guerra de Troya, emprendió el viaje de regreso a su patria.

Al comienzo de aquel viaje, sus naves fueron empujadas por el viento a las costas de la región de Sicilia, la bella isla de las aguas de color zafiro. Después de desembarcar, el rey y algunos soldados empezaron a explorar la isla. Desconocían que estaban en el territorio de los cíclopes, horrendas criaturas de tamaño colosal que tenían un solo ojo en la frente. El más temido de todos los cíclopes era el fiero Polifemo.

Tras unas horas de camino, Ulises y sus soldados llegaron a la entrada de una cueva.

-¡Vayamos dentro! –ordenó el rey.

El lugar estaba oscuro y despedía un desagradable olor. Pese a saber que se metían en la boca del lobo, los hombres entraron. Era una cueva gigantesca: su amplitud y altura resultaban sobrecogedoras. Absortos como estaban en la contemplación de aquel lugar desmesurado, no repararon en que Polifemo se acercaba con su rebaño.

El cíclope no tardó en advertir que los hombres estaban en la cueva. Inmediatamente se desató la ira del coloso. Profirió horribles insultos que retumbaron como los truenos de una violenta tempestad; arrancó de cuajo árboles centenarios, hizo volar por los aires rocas de tamaño descomunal...

Después de dar rienda suelta a su cólera, Polifemo entró en la gruta con el ganado y cerró la entrada con una enorme piedra para impedir que los hombres escaparan.

Un indescriptible terror se apoderó de los soldados. Entonces, Ulises, dando muestra una vez más de su espíritu heroico, se acercó al gigantesco monstruo mientras sus hombres permanecían inmóviles.

-Toma –le dijo tendiéndole las provisiones del viaje-. Aquí tienes nuestro vino y nuestra comida.

El cíclope rugió y extendió su repulsiva mano para agarrar lo que Ulises le ofrecía. Luego, bajando la cabeza, preguntó despectivamente:

-Y tú ¿quién eres? Dime cómo te llamas.

El de Ítaca dudó un momento y respondió con astucia:

-Nadie. Me llamo Nadie.

Después, Polifemo se puso a comer. Comió y bebió hasta hartarse. Tras el opíparo banquete, se sumió en un profundo sueño y comenzó a roncar. Los ronquidos del cíclope helaban la sangre.

-Vamos, tenemos que aprovechar este momento –ordenó Ulises a los suyos.

Siguiendo las indicaciones de Ulises, los soldados cogieron una enorme y afilada estaca e hirieron en el ojo al temible ser. Polifemo se despertó entre alaridos de dolor. No veía nada. Sus gritos de desesperación se oyeron en toda la isla, y los demás cíclopes se acercaron a la entrada de la cueva y le preguntaron:

-Polifemo, ¿qué te ocurre? ¿Quién te ha atacado?

-¡Nadie! ¡Nadie me ha herido! –respondió.

Ante aquella extraña respuesta, los cíclopes se marcharon.

Polifemo, ciego, salió de su cueva a tientas, cerró la entrada de nuevo y se sentó fuera. Allí pasó toda la noche.

Al amanecer, el cíclope decidió abrir la cueva para que sus rebaños salieran a pastar. Pero lo que Polifemo no pudo ver fue que con el ganado también salían sus prisioneros. Y es que, durante la noche, Ulises había atado juntas a todas las ovejas de Polifemo y había ordenado a sus hombres que se escondieran debajo de ellas. Hasta él mismo se había sujetado a la barriga de un enorme cordero.

Así fue como, gracias al ingenio de Ulises, él y los suyos se libraron de la fiereza del cíclope.

HOMERO, *La odisea* (adaptación)